

Bernardí Roig
Fernando Castro Flórez
Agustín Fernández Mallo

Wittgenstein, arquitecto

(el lugar inhabitable)



Bernardí Roig (Palma, 1965) es un artista visual cuyo trabajo multidisciplinar se ha mostrado en numerosos museos e instituciones como el Kunstmuseum Bonn (2006), IVAM , Valencia (2009), Ca' Pesaro, Venecia (2009), BOZAR , Palais de Beaux Arts, Bruselas (2010), Alte Pinakotek, Múnich (2012) The Phillips Collection, Washington D.C. (2014), Catedral de Canterbury (2016), Sala Alcalá 31 (2016) o TABACALERA (2019) en Madrid.

Fernando Castro Flórez (Plasencia, 1964) es profesor de Estética de la Universidad Autónoma de Madrid. Crítico de arte de *ABC Cultural* . Miembro del Comité Asesor del MNCARS . Ha escrito libros como *Mierda y catástrofe. Síndromes culturales del arte contemporáneo* , *Arte y política en el tiempo de la estafa global* , *Estética a golpe de like* , *Estética de la crueldad* o *Filosofía tuitera y estética columnista* .

Agustín Fernández Mallo , (La Coruña, 1967) autor de la novela *Trilogía de la guerra* (Seix Barral), Premio Biblioteca Breve, y del ensayo *Teoría general de la basura* (Galaxia Gutenberg), Premio Cálamo Extraordinario. Ha escrito *Proyecto Nocilla* , traducido a varios idiomas, *El hacedor (de Borges)*, *remake* y *Limbo* , todas en Alfaguara. Sus libros de poemas están recogidos en *Ya nadie se llamará como yo + Poesía reunida* (Seix Barral). *Postpoesía, hacia un nuevo paradigma* , fue finalista del Premio Anagrama de Ensayo.

Ludwig Wittgenstein, arquitecto trata de algo inédito: las dos únicas acciones artísticas realizadas en las dos únicas casas que construyó el filósofo vienes.

En la primavera de 2018, Bernardí Roig y Fernando Castro Flórez, vestido éste con una fantasmal túnica blanca, deambulan durante dos noches por las dependencias vacías de la casa de la Kundmannngasse, Viena, vivienda que en 1927 Wittgenstein había concebido para su hermana Margarethe. Fernando Castro muta en fantasma del lenguaje, quien con paso ansioso y falto de aliento atraviesa salas y pasillos sin hallar salida a la cárcel de las palabras.

En verano de 2017, Agustín Fernández Mallo escaló, trazando una estricta línea recta, la pared que une el fiordo de Skjolden con la cabaña que en 1914 Wittgenstein construyó, y donde idearía lo que luego fue su *Tractatus*. Es la *Primera Directísima a la Cabaña Wittgenstein*: alcanzar de la forma más directa posible las ruinas del cerebro de aquel pensador.

La banda sonora no podía ser otra que *Concierto para la mano izquierda de Ravel (a Paul Wittgenstein)*, adaptación concebida e interpretada con guitarra eléctrica y pedales de efectos por el músico Juan Feliu.

Las dos acciones y el concierto son recogidos aquí a través de películas, documentos, teorizaciones, fetiches, esculturas y sorprendentes hallazgos –como el clavo de la cabaña, que ilustra esta portada.

Este libro no estaría completo sin las cinco películas de las acciones artísticas llevadas a cabo, y que forman parte de la totalidad del proyecto Wittgenstein, arquitecto. Están alojadas en el canal de YouTube de la editorial.

Se puede acceder a ellas a través de la web:

<http://www.galaxiagutenberg.com/libros/wittgenstein-arquitecto>

Publicado por:

Galaxia Gutenberg, S.L.

Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª

08037-Barcelona

info@galaxiagutenberg.com

www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: noviembre de 2020

© Bernardí Roig, Fernando Castro Flórez y Agustín Fernández Mallo, 2020

© Javier Suárez, 2020, por las acuarelas, [1](#), [2](#), [3](#) y [4](#)

© Juan Feliu, 2020, por las partituras, [1](#) y [2](#)

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2020

Imagen de portada: Reliquia pagana, de

Bernardi Roig, 2018. Bronce, 150 x 50 x 100 mm.

Por cortesía de Galería KEWENIG . Berlín, Palma

Conversión a formato digital: Maria Garcia

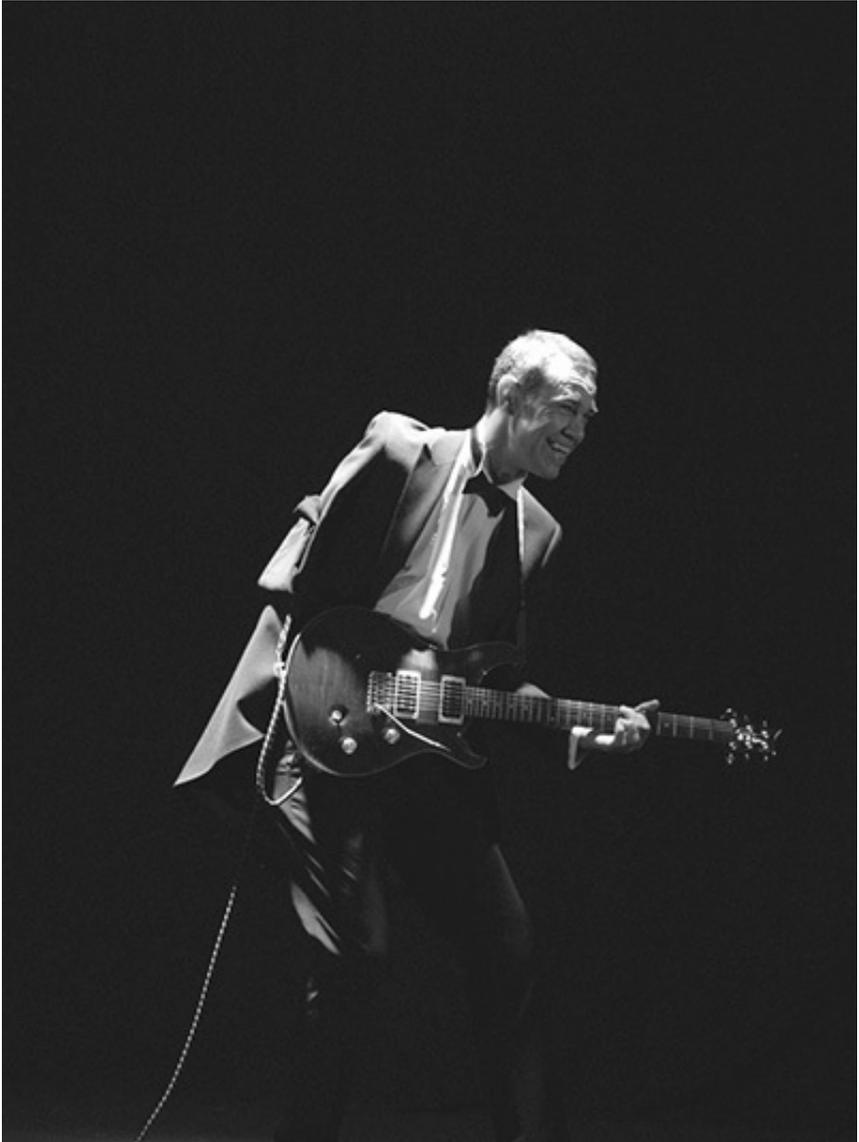
ISBN : 978-84-18218-81-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Índice

[Advertencia](#)
[La casa del filósofo](#)

[Consideración](#)
[Escalada](#)
[Estornudo](#)
[Kundmangasse](#)
[Fetiches](#)
[Banda sonora](#)



Wittgenstein, arquitecto (el lugar Bernardí Roig & Fernando Castro & Agustín Fernández)



Advertencia

En otoño de 1926, enjaulado en una soledad sin precedentes, Ludwig Wittgenstein se sumerge hasta el esternón en la tarea de construir una casa para su hermana en la Kundmannngasse, en Viena. Después de revisar los primeros bocetos firmados por su amigo y colaborador el arquitecto Paul Engelmann, se obsesiona de tal manera con el proyecto que el propio Engelmann, apartado de las decisiones, hace la maleta y emigra a Palestina.

En 1975 Thomas Bernhard publica *Korrektur*, editada en España en 1983 como *Corrección* y traducida por Miguel Sáenz. La segunda edición de esta novela es del año 1986. Yo la leí cuatro años después y fui aplastado por ella. A partir de ese momento entendí lo más básico: tu cabeza es cárcel y carcelero.

Corrección nos cuenta la descomunal tarea de Roithamer –catedrático de Cambridge atrapado en la buhardilla del taxidermista Höller–, quien desea construir una casa ideal en forma de cono en el centro geométrico del bosque de Kobernauss, en la garganta del Aurach. Ese cono, que iba a ser la residencia y felicidad suprema de su hermana, nunca fue habitado. Ella se suicidó en el *momento exacto* en que fue terminado.

Este texto de Bernhard, correlato de la casa que Wittgenstein construyó –en este caso, para la felicidad suprema de su hermana Margarethe Anna Maria Stonborough-Wittgenstein–, me llevó, siempre en paralelo, a más lecturas y a una obsesión: visitar la Casa Wittgenstein. Ahí estuve una primera vez, en el invierno del 2007, y una segunda, once años más tarde –en este caso en primavera– durante dos noches consecutivas, en ese núcleo de vacío claustrofóbico filmando al filósofo Fernando Castro vestido con una túnica blanca, con paso ansioso, sin excedente de aliento y un potente foco halógeno situado encima de su cabeza.

Pero en 1918, antes de construir la casa para su hermana, Ludwig Wittgenstein ya tenía terminada otra casa, en este caso una cabaña para pensar, en Skjolden, Noruega, población donde en 1914, y en una huida feroz de sus clases en Cambridge, empezó a escribir sus *Notas sobre Lógica*, base teórica del *Tractatus*.

En 2017 se rodó la escalada de la primera «directísima» a la Cabaña Wittgenstein. Se grabó todo. Agustín Fernández Mallo –el escritor– narró los hechos, recogidos en esta edición; Agustín Fernández Mallo –el escalador–, junto a Rafael Roca y Javier Suárez, abrió la nueva vía. De este material audiovisual surgen dos películas: la de Agustín, en la que éste consigue llegar a la cima y, por tanto, puede contemplar el paisaje, y la mía, un intento fallido de alcanzar las ruinas del cerebro del filósofo vienés, y en la que nadie contempla el paisaje, en todo caso, se fracasa en el paisaje.

Esta publicación recoge y ordena los efectos, que durante estos últimos once años, me produjo esa primera visita a la Casa Wittgenstein; un entramado de expresiones (textos, películas, dibujos, estornudos, fetiches, esculturas...) que pretenden abordar la tensión que hay entre el pensamiento de Wittgenstein y la arquitectura; esto es, entre la cabeza y los lugares que necesita esa cabeza para edificar su pensamiento.

Como no podía ser de otro modo, la banda sonora de toda esta amalgama de intenciones que han ido coagulándose a lo largo de más de una década es el *J. F. Concierto para la mano izquierda de Ravel (a Paul Wittgenstein)*, adaptación –escrita e interpretada por el músico Joan Fe-liu– a una guitarra eléctrica Paul Red Smith del concierto que Maurice Ravel compuso para Paul Wittgenstein, el único hermano del filósofo que todavía no se había suicidado.

BERNARDÍ ROIG

PRÓLOGO

La casa del filósofo

Es una aspiración de los grandes filósofos ver materializados sus pensamientos. Platón se marchó a Siracusa para montar allí su república. Fracaso y casi pierde la vida. El filósofo austriaco Ludwig Wittgenstein trató de traducir a edificación su desconfianza en el lenguaje, y construyó una casa que aún se sostiene. Está en el distrito 3 de Viena, ahora encajonada entre inmuebles más modernos. Originalmente dominaba un extenso jardín que la voracidad urbanística ha reducido a jardincillo cercado por una tapia. Pero la casa sigue en pie. Se trata de una construcción de estilo racionalista por fuera, pero las aportaciones del filósofo se encuentran primordialmente dentro, en múltiples detalles: en el volumen de las diferentes piezas; en la distribución de los vanos; en el sistema de calefacción y en el sistema eléctrico; en la proporción de las ventanas (muchas de ellas ventanas-puertas); en los picaportes de las puertas; en las persianas de hierro macizo; en el ascensor que conecta tres plantas y evita el uso de una escalera de concisión trigonométrica; en el diseño de los radiadores; en el trazado y colocación de los enchufes planos. Cada intervención del filósofo buscó deliberadamente el desconcierto del habitante, de manera que la casa se puede percibir de nuevo como un espacio de búsqueda, o como una pregunta. Sus líneas rectas describen ángulos desasosegantes de tan límpidos. Una luminosidad inhóspita se abre camino a través de la alineación de puertas y ventanas todas transpa-

rentes, todas montadas sobre graves marcos y barrotes de metal, y llena de frialdad matemática las estancias enormes. Los picaportes desafían al que pretende pasar de una habitación a otra, pues reinan a una altura que empequeñece al hombre y hace difícil la doméstica maniobra. Para subrayar la simetría del todo, unos radiadores con medidas nunca vistas ocupan equitativamente los rincones como si fueran presencias animales. El hermetismo se culmina con unas persianas de hierro que suben y bajan desde el suelo en las aberturas del primer piso. Por tales incomodidades y otras más, el edificio parece lo contrario de un hogar, un recinto para el silencio, un templo protestante, un palacio de Esparta.

No es extraño que la casa acabara interesando a Bernardí Roig, cuyas obras desahogan también mucha reflexión, descargan mucho pensamiento, y están hechas sobre el merodeo de obras de otros, a menudo literarias, a menudo filosóficas, también arquitectónicas. Wittgenstein, que construyó la casa para su hermana Margarethe, creó unos espacios que causan perplejidad a quien los visita. Sus dimensiones son inhabituales; las transiciones entre estancias, demasiado rigurosas para un medio familiar, y la inflexible exactitud de las escalas, que remonta al espíritu de la Estoa, está reñida con el confort.

Hace unos años Bernardí Roig comenzó a merodear la casa, que desde 1975 se conserva gracias al Estado búlgaro, que la adquirió cuando amenazaba ruina para instalar allí un centro cultural. Seguramente ya entonces había captado su significado paradójico como versión del pensamiento y la personalidad del filósofo, pues ambas cosas se dan unidas en Wittgenstein. Tal vez se dio cuenta ya entonces de que la obsesión del pensador era la precisión, y que un principio de precisión había dictado su obra y la construcción de esa casa. «Todavía estoy oyendo al cerrajero – escribe su hermana Hermine en unos recuerdos de aquellos años–, preguntarle a Ludwig a propósito del ojo de una ce-

radura: "Dígame, *Herr Ingenieur*, ¿de verdad es para usted tan importante aquí medio milímetro?" ... Sí, Ludwig tenía un sentido tan fino de las proporciones que medio milímetro era a menudo importante.»

La precisión es la necesidad del científico, pero también la del filósofo, puesto que la lógica evita toda indeterminación, y Wittgenstein, con una formación de ingeniero, tenía serias dudas acerca de las posibilidades significativas del lenguaje, o mejor dicho poseía serias certezas sobre sus carencias. Al igual que Hugo von Hofmannsthal y Karl Kraus por la misma época, expresó estas dudas y certezas de la manera más radical. El poeta, el publicista y el filósofo, cada cual a su manera, llegaron a decir que el lenguaje que no hace aparecer el mundo no es lenguaje. Los tres se autoimpusieron el silencio desde posiciones ascéticas, si no espartanas. Su mensaje es que se necesita silencio para abordar la tarea humana de nombrar de nuevo el mundo, un silencio catártico que alumbrase el código indefectible para esa imperiosa tarea. En otras artes y actividades del espíritu se impuso el mismo criterio en el primer cuarto del pasado siglo en Centroeuropa. Había que depurar la manera en que se pintaban cuadros (Gustav Klimt) o se diseñaban edificios (Adolf Loos) o se pensaba la música (Arnold Schönberg). Seguramente todo esto lo motivó el avance de la ciencia (Albert Einstein y Max Planck y Sigmund Freud), que evidenció las insuficiencias de un lenguaje que, como mucho, podía representar el mundo, pero no provocar su epifanía.

En la historia de la conciencia humana, semejante episodio fue un seísmo y tuvo su epicentro en la ciudad de Viena. Que Wittgenstein construyera aquí esa casa para su hermana es un hecho anecdótico respecto del crucial papel que su pensamiento desempeñó en el alumbramiento de una nueva moral lingüística que cuestionaba al pobre sujeto humano como alguien extraño a sí mismo, y a su aspiración al conocimiento como un hermoso camino lleno de

trampas. La pervivencia intacta del edificio permite, sin embargo, diversas lecturas sobre el malestar del existir, sobre la obsesión de la inexactitud, sobre la elegancia de su concepto, sobre una cierta misantropía tan austriaca, sobre el triunfo de una estética inquietante, sobre una cierta aristocracia espiritual, todas ellas atributos del autor. Pero por encima de todo declara la belleza de la exactitud ante el insoportable desplazamiento de medio milímetro en el ojo de una cerradura.

CARLOS ORTEGA
Director del Instituto Cervantes de Viena

CONSIDERACIÓN